

Descuajad el bosque y la concentración de las aguas se hace por sí misma. Nada se opone á sus progresos, y sus estragos son tremendos. La repoblación de los montes no podría ciertamente impedir todas las catástrofes, porque hay que tener en cuenta las crecidas súbitas, los accidentes sobrevenidos en los ventisqueros y otras causas misteriosas contra las cuales no nos es posible luchar; pero á lo menos da al curso de las aguas una regulación utilísima.

Ahora bien, hace algunos años apenas, la corriente general era al desmonte: se desmontaba por todas partes con furor en una proporción calculada anualmente en muchos millones de hectáreas. Durante este tiempo, se multiplicaban las inundaciones, de tal manera que se llegó á observar cierta relación entre los crecientes desastres y la creciente extensión de los terrenos desmontados. Hiciéronse discretas observaciones sobre las condiciones modificadas de la evaporación. Finalmente, estos desastres produjeron el buen efecto de advertir al gobierno y en su virtud se resolvió repoblar los montes con método.

Pero no es negocio de poca monta, en verdad, esta replantación, y ha sido preciso imponer por la vía legislativa á los municipios, á los establecimientos públicos y particulares la ejecución de los trabajos reconocidos como necesarios y declarados de utilidad pública. ¿Hay resistencia ó abandono en someterse á la ley? El Estado recurre entonces á la expropiación forzosa de los particulares, ó hace ejecutar por sí mismo los trabajos puestos á cargo de los establecimientos públicos y de los municipios, sin perjuicio de perseguir el reembolso de sus anticipos hasta la confiscación de una parte de los terrenos repoblados.

La grande empresa se acometió en los Alpes, en los Pirineos, en las Cevenas y en los montes de la Auvernia, es decir, en las regiones de que se desprenden el Loira, el Ródano, el Garona y sus impetuosos afluentes. Pero semejante obra no puede terminarse en pocos años y se impone una larga perseverancia.

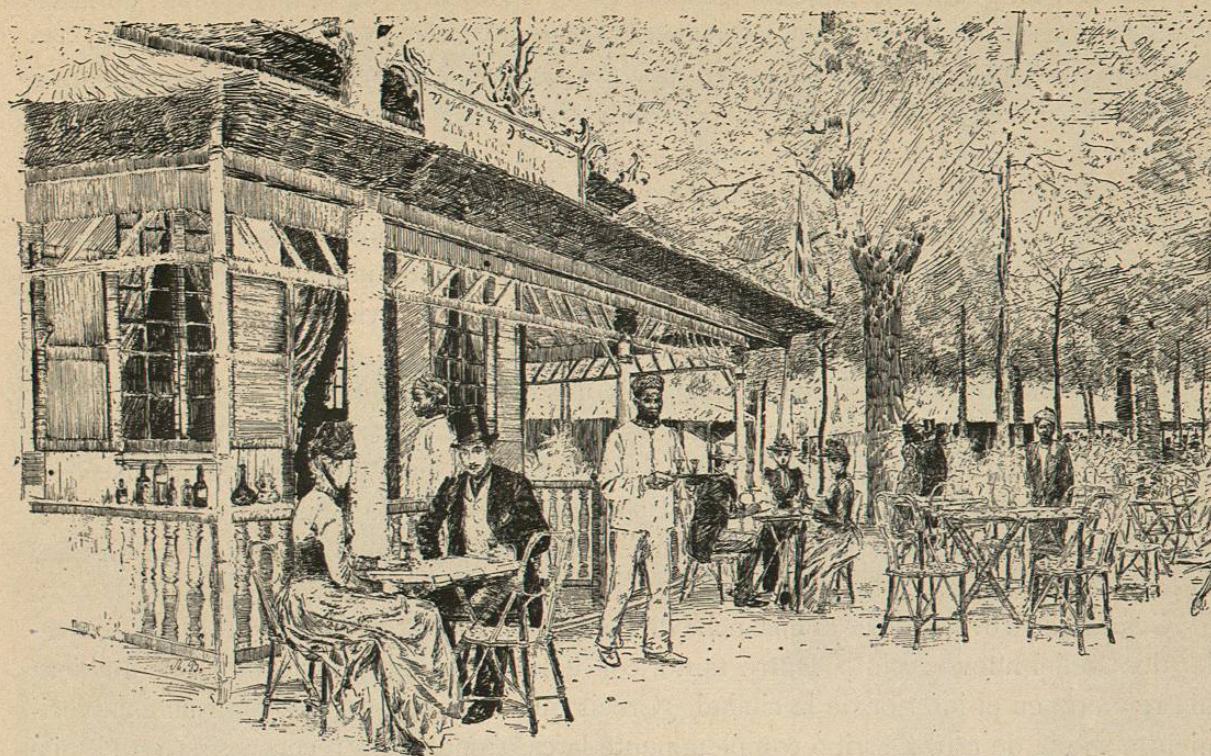
No dejéis de ver, en el pabellón de los bosques, las fotografías de los estragos causados por los torrentes ni los modelos de las varias obras de defensa ó de construcciones ejecutadas en aquellas peligrosas vertientes.

Esta parte de la Exposición, ya muy importante en el Pabellón de 1878, lo es ahora mucho más. Conmovido ó cavado el suelo, se abre y se carga de despojos provinientes de las alturas, amenazando sin cesar los niveles más bajos. Es una lástima ver cómo se acumulan los despojos y cómo se arruinan los terrenos.

Se lucha contra el estrago con estacadas y faginas escalonadas á lo largo de los barrancos, con bardales que dispersan las aguas y con cespadales que consolidan las vertientes móviles ó flojas. Poco á poco se hace uno dueño de la situación hasta donde es posible dominar las fuerzas naturales.

Quisiera consagrar unas palabras más á la plantación de las dunas y á los maravillosos resultados obtenidos por este medio contra el descenso de las arenas tan perjudicial al cultivo, á las fábricas y á los pueblos. La administración de los bosques ha logrado contener casi totalmente la marcha progresiva de esas colinas de arena, en todo el litoral del Atlántico, entre la Rochela y Bayona. Pero me falta espacio: gracias que haya podido dar idea del vivo interés con que se mira el pabellón forestal y esta exposición que asienta y resuelve tan grandes problemas.

J. B. DASSIEUX.



Lugarejo javanés. - Pabellón Erven Lucas Bols

DE AMSTERDAM Á JAVA

Pocos países están tan bien representados en la Exposición universal como los Países Bajos. En todas las secciones se puede tener la seguridad de encontrarlos con algunos productos superiores. El holandés es agricultor, marino, colonizador, industrial. Laborioso é inventivo, ninguna situación lo embaraza, ni menos se turba un momento su buen humor. Es goloso como ninguno, aunque generalmente sea por demás sobrio. Así se encuentran en su país los más entendidos preparadores de vituallas, los más hábiles fabricantes de conservas, los refinadores más famosos. En Holanda se posee el arte de vivir de una manera excelente: es una de las virtudes del culto pueblo holandés.

¿Habéis visitado los establecimientos de los Países Bajos en el Campo de Marte, en el muelle de Orsay, en la explanada de los Inválidos? Se reconocen invariablemente en no sé qué severa elegancia ó refinamiento, que no parece sino muy natural, y sobre todo, en cierto carácter indefinible, que es común á hombres y cosas allá adonde se puede ir con toda confianza, en la certeza de no encontrar nada que no sea neto, leal, seguro, correcto.

Así reflexionaba el otro día con un amigo en cuya compañía visitaba el curioso palacio de los productos alimenticios. A derecha é izquierda se siente cierta desconfianza, pero de repente se encuentra una instalación donde todo tranquiliza. Allí no se nota la menor insolencia de reclamo; nada de extremos en la presentación de los objetos. Muy

al contrario, un gusto enteramente nacional en el mobiliario, en la instalación, en la visualidad: mesas sólidas y elegantes, armarios fuertes y cofres esculpidos en macizo, estanterías correctas de gusto moderno, muebles que inspiran verdaderamente confianza. Desde luego se siente uno en buena compañía y dispuesto á hacer amistad con el huésped.

Ahora bien, sucedió este día que la casualidad nos condujo al palacio de los comestibles frente por frente de la instalación de una de las más famosas casas de Amsterdam, la casa de refinería Erven Lucas Bols; y habiéndonos ofrecido una copa del delicioso curaço en que no tiene rival esta acreditada fábrica, se nos ocurrió la idea de interrogar á nuestro huésped sobre la antigüedad de la casa.

«La historia de la casa Erven Lucas Bols, nos dijo, es más curiosa de lo que pudiera creerse. En 1575 fué cuando el viejo Lucas Bols fundó extramuros de Amsterdam una refinería de aguardientes y licores finos. Sabido es que en aquella época nadie podía ejercer en la ciudad semejante industria. Esta refinería del viejo Bols era muy primitiva, pues sólo consistía en una casita de madera, vulgarmente llamada *het lootsje* (la Granja) en lengua holandesa.

Cuando en 1612 se hizo el ensanche de Amsterdam, la modesta fábrica hubo de quedar dentro del nuevo recinto. Entre tanto, concedieron los burgomaestres que hubiera una refinería en el interior de la ciudad. ¿Creéis que Bols conservó intacto su establecimiento? Nada de eso. Derribó completamente la casa; mas para reconstruirla en el mismo solar, y no ya de madera ni de mezquinas dimensiones, sino de obra de fábrica, de ladrillo y en grandes proporciones.

En memoria de su primitiva instalación quiso Lucas Bols que la nueva fábrica conservara el nombre de *het lootsje*, y con esta marca hicieron su entrada en el mundo los famosos licores de Holanda.

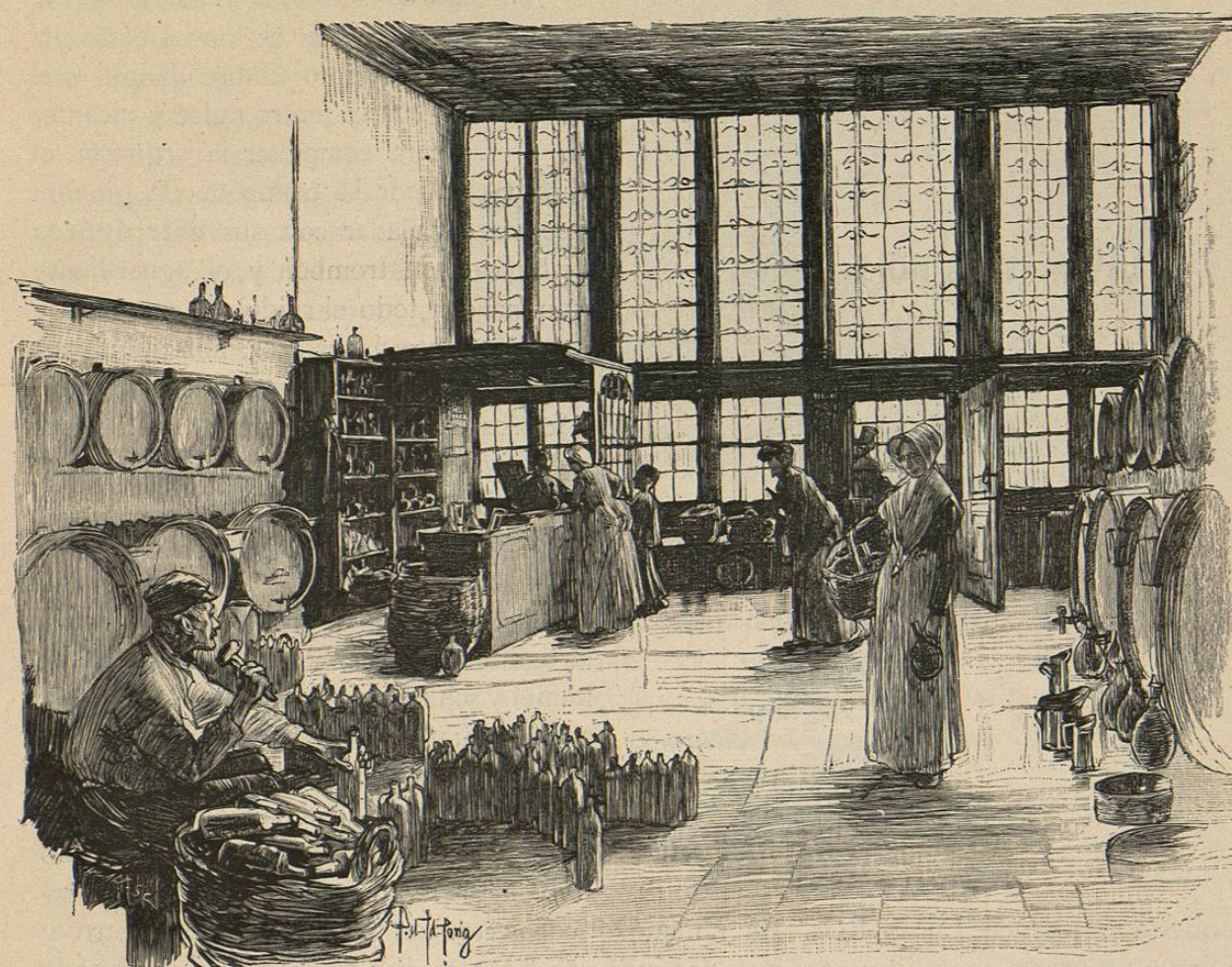
Se han fundado después muchas otras refinerías; pero la casa Bols ha conservado su crédito y mantenido alto y firme el pabellón que le legara el fundador.

Desde la fundación de la fábrica en 1575 el hijo había sucedido siempre al padre, hasta que en 1815 por falta de descendientes varones pasó la fábrica á la línea femenina. Desde entonces ya fué necesario modificar la razón social. No se trataba ya de Lucas Bols, sino de sus herederos (Erven Lucas Bols). Pero añadiré desde luego que los herederos fueron dignos de la herencia y que continuaron honrosamente las tradiciones de la familia y de la casa. La razón social es más conocida y estimada hoy que nunca, y nada más razonable y justo.»

Después de esto, continuamos nuestro paseo á lo largo del muelle de Orsay, y dos horas más tarde nos encontrábamos al extremo de la explanada de los Inválidos, donde está el Kampong javanés, que desde el primer día tanto ha llamado la atención de los curiosos parisienses, y tomamos asiento en un pabellón de bambú cubierto con hojarasca, precisamente en el centro del lugarejo, á cuatro pasos del teatro de danza y pantomima que atrae á todo París.

Unos *boys* malayos con pantalón blanco y blusa blanca también con vivos y adornos rojos, servían bebidas muy deseadas por los consumidores. El pintoresco establecimiento en que habíamos entrado no era más que un puesto de cata de la casa Erven Lucas Bols. Acabábamos de dejarla en Amsterdam y volvíamos á encontrarla en Java. ¡Cuán rápidamente se viaja en la Exposición universal!

Y quisimos entonces obtener más informes aún. Y bebimos sorbo tras sorbo muchas



Despacho de licores

copitas de esos licores especiales llamados anisete, curaço, naranja seco y blanco extra seco... Con estos néctares se ha hecho la reputación de la fábrica.

Y nos divertíamos comparando los matices de estos néctares servidos en copas en forma de campanilla. Era un gusto ver el blanco anisete chisporroteando como diamante fundido, el rosado que tiene algo de rubí pálido, el verde semejante á un rayo de luz que pasa por una esmeralda. El curaço blanco tomaba una transparencia oleosa y el rojo nos encantaba con su acaramelada púrpura. Habíamos tenido el capricho de decadentes de reunir á nuestra vista toda una serie de estos licores, pensando en el personaje de J. K. Huysmans, que se abandona tan voluptuosamente como dandi y *dilettante* á la curiosidad de las sensaciones.

Bien recordaréis aquel Esseintes, el refinado de los refinados, el enamorado ultra, el investigador de quintas esencias y de sugerencias más que sutiles. Tenía en su comedor un armario que contenía una colección de tonelitos colocados en hilera sobre pequeñas trípodes de madera de sándalo y provistos de llavecitas de plata. Esseintes bebía una gota de aquí, otra gota de allá ejecutando sinfonías interiores, y llegaba á procurarse en la garganta sensaciones análogas á las que la música produce en el oído. Por lo demás, cada licor correspondía, según él, como gusto, al sonido de un instrumento. ¡Ah! ¡qué bien hizo nuestro amigo Huysmans en escribir esta página!



El curaço seco era el clarinete de sonido fuerte y dulce; el kumel equivalía al oboe, cuyo sonoro timbre ganguea; el anisete á la flauta, entre dulce y picante; mientras, para completar la orquesta, el kirsch vale por la trompeta; la ginebra aporrea el paladar con sus estridentes pistonazos de trombón y el aguardiente fulmina con todo el ruido del cornetín.

En cuanto á nosotros, nos ateníamos al quinteto de los anisetes y curaços en nuestros sabrosos experimentos: los anisetes figuran tres partes de violín con sus notas claras y brillantes y los curaços el alto y el violoncello con sus sonidos prolongados y halagüeños.

Pero tuvimos el capricho de bordar á la ligera su tema con algunos arpeggios de kumel y schiedam, y su efecto nos fué muy agradable; y luego tuvimos la idea de dar las romanzas con los licores untuosos de suave perfume que dejan en el paladar como el recuerdo de un sueño. Pero no convenía agotar de una vez toda la or-

questa de Erven Lucas Bols. Es un nuevo concierto tan perfecto como el otro y de un programa muy diferente, que daremos uno de estos días en memoria y honor de Esseintes.

Fuera de esto, no nos reduzcamos á simples impresiones... estéticas. ¿Se quiere juzgar la excelencia de la fabricación? El asunto es en verdad interesante.

En el establecimiento Erven Lucas Bols se procede por destilación é infusión directa de los granos, cortezas, flores y plantas. Por nada del mundo se servirían en esta fábrica de productos ya preparados. Para el anisete sólo se admite el anís español y para el curaço sólo las cortezas de naranja verde, procedentes de la isla de su nombre, uno de los islotes de las colonias occidentales de Holanda. ¿Y el alcohol? preguntaréis. ¿A qué hacer esta pregunta? Debéis suponer que sólo se usan en esta refinería los alcoholes más perfectos. ¿Y el azúcar? El azúcar es objeto de tal cuidado que se refina en la misma fábrica antes de emplearlo.

La destilación se hace por vapor. No vayáis á creer que se haga al vapor: son cosas diferentes. Está vigilada con el mayor escrúpulo y se detiene exactamente en su punto. Todo lo que no es la flor de cada materia, es rechazado sin consideración ninguna. Y todavía se va más lejos, no entregándose al mercado ningún licor antes de seis meses de reposo.

Después de esto, no es maravilla que la casa haya obtenido en todas partes gran número de medallas de honor. Ninguna recompensa ha faltado á sus productos, que expiden en grandes partidas á los países más lejanos en botellas prolongadas ó panzudas de vidrio trasparente ó sombrío, en ánforas ó cantarillos de barro, ó en elegantes frascos, se-

llados como piezas de cancelería y que se agrupan en trofeos.

Cuando paséis por Amsterdam no dejéis de visitar la fábrica de *Lootsje*. Tiene una superficie de 2000 metros cuadrados. Dos generadores de fuerza de 58 caballos caldean seis calderas de una capacidad total de 18.000 litros, y dos refinerías de azúcar. Los mismos aparatos calientan en invierno los talleres, y no hay casa mejor preparada para una producción abundante y perfecta.

Pero si no vais á Amsterdam, id á lo menos á Java, es decir á la explanada de los Inválidos. El viaje no puede ser más fácil y rápido, os lo aseguro, y también que se pasa un buen rato en el pabellón de bambú con los dos techos de junco sobrepuestos.



Las bodegas

LEÓN PRADEL.

